



Cuatro hijos
Adriano, 4 de Abril de 2007
León Febres-Cordero¹⁰⁹

A Carolina y Carlos Bellosta

Dramatis personae

Berta

Balbina

Carlos

Oscar

Ígor

Ezequiel

Fantasma de Isolda

Acto I, Escena I

[BERTA, BALBINA]

BERTA. Treinta, cuarenta, cincuenta. Nos quedan cincuenta bolívares en la cuenta.

BALBINA. ¿Cincuenta bolívares?

BERTA. Cincuenta piches bolívares.

BALBINA. No puede ser. Cuéntalos otra vez.

BERTA. Es todo lo que hay. Hemos hecho la cuenta cuatro veces.

BALBINA. Si no les hubieran quitado los ceros parecería que tendríamos más.

BERTA. Cincuenta millones no eran nada ya, acuérdate.

¹⁰⁹ León Febres-Cordero: (Caracas, 1954) realizó sus estudios universitarios en Caracas, Londres y Zürich. Sus obras de teatro *El último minotauro*, *Clitemnestra*, *Mata que dios perdona*, *Olimpia*, *Nerón* y *Penteo* han sido compiladas en *Nerón* (2002) y *Penteo* (2003). Ha trabajado como profesor de Teatro Clásico de la Escuela de Artes de la Universidad Central de Venezuela. Desde 1989 reside en Barcelona, España. Su extraordinaria sensibilidad y cultura le han permitido revisar los mitos del teatro clásico en obras de gran impacto.



BALBINA. ¡Cónchale! Pero al menos eran millones. Muchos millones. En cambio “cincuenta” suena tan horrible. Nunca me ha gustado ese número. A los cincuenta la vida ya pasó. ¡Y pensar que estoy pisando los sesenta!

BERTA. Habrá pasado para ti. Yo siento que me quedan muchas cosas por hacer todavía, y te llevo unos años.

BALBINA. Unos, no. Un montón.

BERTA. Pues fíjate tú que a veces nos confunden.

BALBINA. Te ha salido un lunar en el cuello.

BERTA. Ya lo sé. Al verlo esta mañana me asusté: parecía una arañita.

BALBINA. ¿Cómo fue que llegamos a esto, Dios mío?

BERTA. ¡Quién nos lo hubiera dicho entonces!

BALBINA. ¿Entonces cuándo?

BERTA. Cuando vivía papá.

BALBINA. ¡Ah!

BERTA. Parece que hubieran pasado siglos. Todo es tan diferente ahora.

BALBINA. Si nos hubieran dicho *entonces* que pararíamos en esto, habríamos soltado una carcajada.

BERTA. ¿Quién nos lo iba a decir? ¿Quién podía atreverse a decirnos nada?

BALBINA. Alguien que se hubiese dado cuenta. Alguien con más cabeza que nosotras.

BERTA. Se la habríamos cortado. No queríamos oír nada que disturbase aquella vida tan bella a que nos habíamos acostumbrado. ¡Fuimos tan felices! Al menos eso nos queda.

BALBINA. Nuestra absurda percepción de aquella vida, porque tampoco era tan bella como parecía. Era una vida falsa.

BERTA. No estoy de acuerdo contigo, Balbina. ¿Por qué razón iba a ser falsa? ¿Porque ahora estamos en la miseria? ¡Sólo por eso!

BALBINA. Nos la pasábamos en la calle, entrando y saliendo, de un lado para otro, en una agitación permanente, planificando vacaciones que luego resultaban ser un infierno y cada cual cogía para un sitio distinto, comprándonos cosas, cantidad de cosas que ahora ni sabemos qué se hicieron.

BERTA. Si te refieres a mis joyas déjame decirte que gracias a ellas es que hemos podido sobrevivir hasta esta mañana, que empecé la última.

BALBINA. No quise decir eso, Berta. No me malinterpretes.

BERTA. Es que da la casualidad de que siempre termino yo pagando el pato de nuestra situación porque tengo fama de manirrota, cuando todos en esta casa, *todos* sin excepción, hemos sido un desastre con el dinero. Al menos yo lo invertí en joyas. Tú, en cambio, se lo fuiste regalando a tu marido para que no te dejara. Y para nada, porque al final se fue y te dejó en la calle.



BALBINA. Menos mal que se fue. Es lo único bueno que me ha pasado en toda mi vida. Si se hubiera llevado mi dinero solamente... pero se llevó mis mejores años. Y mi hijo. Y me lo mató.

BERTA. Perdóname, hermana. No era mi intención recordártelo. No te pongas así, por favor. No pienses en eso ahora.

BALBINA. ¿Tú crees que hay algún momento en el día que no lo piense? ¿Crees que puede olvidárseme que por salvarme yo, fui capaz de entregárselo sabiendo lo que le esperaba junto a ese monstruo?

BERTA. No te culpes de esa manera, Balbina. Tú no podías saber lo que iba a pasar. Hiciste lo que entonces te pareció mejor para los dos, para él y para ti.

BALBINA. Entonces... siempre *entonces*... pero, ¿dónde queda? ¿Ah? ¿Dime, dónde queda “entonces”? ¿Cómo se llega hasta “entonces”? Si pudiera regresar... a ese momento en que sin darme cuenta, sin *querer* darme cuenta, hice lo que hice; si pudiera volver sobre mis pasos y entrar de nuevo en aquella habitación de hotel en que se lo entregué sin que la pobre criatura supiera que nos estábamos despidiendo para siempre...

BERTA. Tampoco tú lo sabías. Habías llegado a un acuerdo con él y cumpliste con tu parte, eso fue todo.

BALBINA. Entraba el sol de la mañana por la puerta del balcón que estaba entreabierta. Era una fría mañana de invierno. A veces, para no desesperarme, me entretengo con el movimiento de las cortinas, la blancura de las sábanas de lino, los dibujos del papel tapiz, el cálido grosor de la alfombra, como si la estuviera pisando, como si lo estuviera viendo todo en un cuadro, fijándome en cada detalle, en cada tonalidad, y me parece que estoy allí otra vez, que estoy a tiempo de echarme para atrás y regresarme con mi hijo a casa. Hasta que se desvanece la visión y me encuentro aquí. Sola. En esta casa que no es la mía. Entre muebles y objetos extraños.

BERTA. Esta es tu casa, Balbina. Cuántas veces te lo voy a repetir. Es la casa de nuestros padres. Es nuestra herencia. Lo único que nos queda. Aquí crecimos todos. ¿Por qué tienes que sentirte así? Yo también perdí mi casa. Todos hemos perdido todo. Pero lo importante, lo único importante, es que estamos juntos, que estamos unidos, que nos podemos ayudar, a pesar de nuestras diferencias, a pesar del pasado. Tenemos que vivir el ahora, el presente. Tenemos que ayudarnos viviendo el presente.

BALBINA. Yo trato de hacerlo, hermana. Hago todo lo posible por concentrarme en lo que tengo que hacer. Pero es más fuerte que yo y me puede. Una palabra cualquiera, dicha al pasar, es capaz de arrebatarme y arrastrarme de nuevo a esa habitación. A esa luminosa habitación en la que está siempre amaneciendo. Y no puedo resistirme. Y me voy. Una palabra cualquiera... la palabra “entonces”... es como un filtro venenoso. Un alucinógeno. Empiezo a ver cosas que no son. Me transporto a otro estado. Puedo pasar horas así. Cuando vuelvo en mí, el veneno comienza a hacer su efecto. Todo se cubre de una sombra negra y pegajosa que me traga y me



hunde en un pozo del que no sé ni cómo hago para salir. Bueno, sí lo sé. Me sacan las pastillas que me receta Ezequiel.

BERTA. Pues muy mal hecho. Ya te he dicho que no me gusta que te tomes esa cantidad de pastillas. Ningún médico responsable te las habría mandado.

BALBINA. Es el médico de la familia. ¿A quién voy a acudir si no tengo con qué?

BERTA. A mí jamás se me ocurriría. Ezequiel es un especialista en diagnósticos equivocados.

BALBINA. Qué mala eres.

BERTA. ¡Es que es la pura verdad! Papá estaría vivo si no lo hubiera tratado Ezequiel.

BALBINA. Papá se hubiera muerto de todas maneras, Berta. Fue un infarto fulminante. Nadie hubiera podido hacer nada. Nos lo ha dicho todo el mundo.

BERTA. Sí, pero a tu hermano le pareció que era una simple gripe. Un constipado. No le dio la más mínima importancia. Nunca le dio importancia a los achaques de papá. Se daba bombo quitándole hierro al asunto. Si lo hubiéramos atendido a tiempo, lo habríamos salvado.

BALBINA. Ahora eres tú la que te culpabilizas por lo que no tiene remedio.

BERTA. La culpa la tiene el iluminado de tu hermano. Pero ninguno de nosotros fue capaz de llevarle la contraria.

BALBINA. ¡Estamos tan llenos de culpas!

BERTA. Cómo no vamos a estarlo si perdimos a papá. Perdimos al hombre en que nos apoyábamos todos. El que daba sentido a nuestras vidas. El único que sabía cómo hacer las cosas. Fue morirle papá y venimos abajo. Mientras lo tuvimos no lo valoramos, y ahora que se ha ido el vacío que ha dejado es tan grande que no habría forma de llenarlo. No te creas: más de una vez he estado a punto de suicidarme.

BALBINA. Eres demasiado cobarde para eso.

BERTA. Ya lo sé.

BALBINA. Fue un poco tirano, también. ¿No? Había que hacer lo que él quería y cuando él quería y como él quería. Lo controlaba todo.

BERTA. Porque sabía cómo eran las cosas. Siempre acertaba. Nunca se equivocó. Pero no aprendimos nada.

BALBINA. Estábamos demasiado ocupados siendo felices. *Pretendiendo* que éramos felices. Ése es el rasgo distintivo de los Delgado: la pretensión.

BERTA. Menudos hijos le salieron. Carlos, borracho perdido. Óscar, gigoló desplumado. Ígor, literato frustrado. Y Ezequiel, profeta fallido. Ninguno le llega a papá ni a la suela de los zapatos.

BALBINA. ¿Y nosotras?

BERTA. Somos las que damos la cara. Las que nos ocupamos de sacarlos de los líos en que se meten cada dos por tres. Si no fuera por nosotras estarían en la calle o en la cárcel.

BALBINA. Quizás ese haya sido nuestro error.

BERTA. ¿Cuál? ¿No haberlos denunciado?



BALBINA. No haber sido más firmes. A Isolina le hacían caso.

BERTA. Isolina está muerta.

BALBINA. Me voy a acostar un rato. Creo que me está empezando un dolor de cabeza.

BERTA. Es que no has comido nada. Déjame que te prepare una manzanilla para que tengas algo en el estómago.

BALBINA. No te preocupes. No hace falta. Me acuesto un rato y se me pasa.

BERTA. Anda, acuéstate pues. Y no pienses más en lo del dinero, ¿vale? Ya nos las arreglaremos. A fin de cuentas sólo son números. Números en un papel.

Acto I, Escena II

[CARLOS, ÓSCAR, BERTA]

CARLOS. Las doce de la mañana. Declaro abierto el bar. ¿Te apetece tomar algo?

ÓSCAR. Dame un whiskey guayoyito: con mucha agua y mucho hielo.

CARLOS. Te han vuelto a dar plantón, supongo.

ÓSCAR. Supones bien.

CARLOS. ¿Helenita?

ÓSCAR. No vale. Helenita es del siglo pasado. De allá para acá ha habido una legión.

CARLOS. Aquí tienes. ¿Está bien así?

ÓSCAR. Esto es una bomba. Pónmele más agua, por favor.

CARLOS. ¡Bah! Dos deditos de nada. ¿Cómo se llamaba?

ÓSCAR. Qué más da. Ya forma parte del pasado. Una más en el catálogo.

CARLOS. ¿Cuántas van?

ÓSCAR. ¡Uf! Un montón. Perdí la cuenta a los cuarenta.

CARLOS. Lo que no entiendo, hermano, es que con tanta mujer que te has agenciado sigas sin tener en qué caerte muerto.

ÓSCAR. Como tú.

CARLOS. Oye, no te lo tomes a mal. No es una crítica a tu brillante estrategia de mercadeo sexual. De mercadeo vital sexual, digamos. Es una pregunta que me he venido haciendo a lo largo de los años sin encontrarle una explicación racional. Aquí tienes.

ÓSCAR. Gracias.

CARLOS. Salud.

ÓSCAR. Salud.

CARLOS. Me repito a mí mismo: “La de Óscar es una actividad bastante lucrativa.” Muy antigua, además. Sin embargo, y a pesar del peso de la tradición, los resultados crematísticos que un



ignaro como yo esperaría... pues resulta que no se ven por ninguna parte.

ÓSCAR. Que conste que nunca te he pedido que me eches una mano cuando lo he necesitado.

CARLOS. Te presté unos reales que aún no me has devuelto, por cierto. No te los estoy reclamando, ¿eh?

ÓSCAR. Por Dios, Carlos, eso fue hace siglos.

CARLOS. ¿Te has puesto alguna vez a pensar en el concepto tan peculiar que tienes del tiempo, Óscar?

ÓSCAR. Tengo otras cosas en qué pensar.

CARLOS. A ti todo lo que te pasa, te pasa el siglo pasado. Hace siglos. Es como si le tuvieras *terror* al momento actual, al presente. Como si no te gustaran las cosas que te pasan en *el momento en que te están pasando* y las quisieras dejar atrás, lo más atrás posible, lo antes posibles, hundidas en el pozo del olvido.

ÓSCAR. A este momento en concreto te puedo asegurar que quisiera irlo dejando atrás ahora mismo.

CARLOS. Para no tener que hacerle frente a la realidad. A tu realidad. Fue la Navidad pasada.

ÓSCAR. Cualquiera diría que se trata de una fortuna.

CARLOS. No tengo una fortuna, Óscar, y si la tuviera, ten por seguro que no te la prestaría. Es el hecho en sí lo que tendría que molestarte.

ÓSCAR. Me desagrada hablar de estas cosas.

CARLOS. ¿Quieres otro?

ÓSCAR. Estoy bien así.

CARLOS. Ya te dije que no te los estoy reclamando.

ÓSCAR. ¿Para qué sacas el tema, pues?

CARLOS. Simplemente estoy constatando un hecho a todas luces evidente.

ÓSCAR. ¿Cuál?

CARLOS. Que te engañas a ti mismo creyendo engañar a los demás.

ÓSCAR. ¡Ahórrame el sermón, Carlitos! ¡Por favor!

CARLOS. Soy tu hermano mayor.

ÓSCAR. ¡Qué buena lata!

CARLOS. Oye, hermano: te lo estoy diciendo por tu propio bien. No es la primera vez que lo hago. Si insisto en ello es porque me importa tu situación.

ÓSCAR. ¡Carlos! ¡No empecemos otra vez! ¿Por qué no aceptas a las personas como son? ¡Qué manía la tuya la de querer adoctrinar a todo el mundo, caray!

CARLOS. Es mi deber de hermano. Papá lo habría querido así.

ÓSCAR. Tú no eres mi papá, ¿de acuerdo? Mézetelo en la cabeza de una vez por todas. Yo ya tuve un padre, un padre incomparable, un padre que me comprendía, que entendía mis debilida-



des, que me dio su apoyo incondicional, ¿oíste?, ¡incondicional! cada vez que lo necesité. *Jamás* tuve que pedirle nada porque él se adelantaba a mis deseos... no por malcriarme, sino porque conocía mis limitaciones, mis carencias. Mi papá me parió. Él solito. Y mientras lo tuve a él, no necesité a nadie más. Y estoy muy orgulloso de que haya sido así, ¿entiendes?

CARLOS. Claro que entiendo, hermanito. No te sulfures. No hace falta que te lo tomes tan a pecho. Estamos conversando como dos buenos amigos.

ÓSCAR. Yo no soy tu amigo, Carlos. No tengo nada, *absolutamente nada* en común contigo. Somos hermanos, y punto.

CARLOS. ¿Y te parece poco? Déjame que te sirva otro, que tienes eso muy aguado.

ÓSCAR. Échamele un chorrito nada más.

CARLOS. Me preocupas, Óscar; eso es todo.

ÓSCAR. ¿Qué es lo que te preocupa?

CARLOS. Que te estés convirtiendo en una especie de mendigo crónico.

ÓSCAR. ¡Hazme el favor de no meterte en mis asuntos!

CARLOS. Cálmate, vale. Estamos hablando. Simplemente. Teniendo una conversación fraternal.

ÓSCAR. ¡Qué karma!

CARLOS. Eres mi hermano. Me importas. Y quisiera serle útil. Quiero ser útil. ¡Mi mayor ilusión es poder serle útil a alguien! ¡Cambiarle el destino!

ÓSCAR. Pues no lo estás haciendo. Ni cambias nada, tampoco. Al menos a mí. Cada vez que me tocas el tema terminamos igual. ¿Acaso me meto yo en tu vida?

CARLOS. Puedes hacerlo. Te doy permiso. Tienes toda la libertad del mundo para meterte en mi vida. ¡Atención damas y caballeros! ¡El señor Óscar Delgado anuncia su presencia! ¡Don Óscar Delgado! Que pase adelante su señoría. Con mucho gusto lo recibo. A la hora que sea. A las cuatro de la madrugada. A las cinco de la madrugada. A las seis. En cualquier momento del día o de la noche. ¡Usted es mi hermano, caray! ¿Cómo no voy a abrirle las puertas de mi vida a mi propio hermano? ¡Venga acá y deme un abrazo, caramba!

ÓSCAR. No te me pegues, que sabes que no me gusta.

CARLOS. ¿No te gusta abrazar a tu hermano?

ÓSCAR. Déjame, chico. Está bueno ya. Que no me gusta.

CARLOS. Yo soy su hermano, ¿me oyó? ¡Ah? ¿Me oyó?

ÓSCAR. Sí, claro que te oí. Pero no me grites, ni te me pegues.

CARLOS. Usted es el menor, el benjamín de la familia. Y yo soy su hermano mayor, no juegue. El representante de su padre sobre la tierra.

ÓSCAR. A valse. Deja a papá tranquilo.

CARLOS. Papá está presente cada vez que dos hermanos se encuentran y se abrazan. ¡Venga y deme ese abrazo!



ÓSCAR. Hueles horrible.

CARLOS. Huelo a hombre. Dame acá ese vaso para echarte un buen palo. Como un hombre. Quiero convertirte en un hombre. Un hombre libre...

ÓSCAR. Yo ya soy un hombre, Carlos.

CARLOS. ... un hombre libre que se eche sus buenos palos con su hermano del alma...

ÓSCAR. Olvídate que me voy a tomar eso.

CARLOS. ... un hombre de verdad que no viva de las mujeres...

ÓSCAR. Bueno, yo me voy. Me están esperando y voy a llegar tarde.

CARLOS. ¡Usted no se me va a ninguna parte hasta que no me oiga lo que le tengo que decir!

ÓSCAR. Estamos otra vez repitiendo la misma escena, Carlos. No te lo voy a permitir. Después te arrepentirás y esta vez no voy a perdonarte.

CARLOS. ¡Quiero hacer de usted un hombre que no cobre por acostarse con una mujer...! Que, además, ya no se le para porque tiene el miembro tan aguado como los whiskeys que se toma y por eso lo dejan las mujeres...

ÓSCAR. ¡Es la última vez que me hablas de esa manera, si no quieres que te parta la cara, maldito borracho! ¡Alcohólico! ¡Eres un alcohólico! ¡No te ves? Sólo falta que te empieces a hacer pupú encima.

CARLOS. ¡Ven acá para que te dé unos buenos pescozones... proxeneta... ...no eres más que un vulgar chapero... se te van a quitar las ganas de seguir prostituyendo el nombre de la familia por ahí!

BERTA. ¡Carlos! ¡Óscar! ¡Dejen la pelea! ¡Dejen la pelea, les digo, que me van a dar un disgusto!

ÓSCAR. ¡Ha sido él, que empezó a insultarme!

CARLOS. ¡Suéltame, Berta! ¡Suéltame para darle su merecido a ese desgraciado!

BERTA. ¡Se acabó! ¡Se me van los dos de la casa! ¡Si quieren caerse a golpes háganlo en la calle, pero aquí no! ¡Esta es una casa de familia!

CARLOS. ¡Quién te has creído tú que eres, ah? ¡Esta es *mi* casa, y en *mi* casa yo hago lo que me da la real gana!

BERTA. ¡Esta casa es tan mía como tuya! ¡Vete a armar tus escándalos a un bar!

ÓSCAR. Déjalo, Berta. Vámonos, que no te conviene ponerte así. Y tú: óyeme bien. No te me vuelvas a acercar otra vez.

CARLOS. ¡Me acerco a quien me salga del forro acercármele!

ÓSCAR. Vente, Berta. Déjalo hablando solo.

BERTA. ¡No eres más que un inútil! ¡Un falta de respeto! ¡Menos mal que mi papá no está aquí para verte en ese estado!

CARLOS. ¡Papá! ¡Papá! ¡Berta me ha llamado inútil! ¡La estúpida esa de Berta me ha vuelto a llamar inútil otra vez! ¡Me ha vuelto a llamar inútil, papá!



Acto I, Escena III

[ÍGOR, BERTA, BALBINA, EZEQUIEL]

ÍGOR. Volverá. Ya verás que volverá.

BERTA. ¡Qué angustia! ¿Dónde se habrá metido?

BALBINA. No es la primera vez que se va.

BERTA. Pero nunca había tardado tanto en volver.

ÍGOR. Volverá tu oscura golondrina.

BALBINA. Lleva apenas quince días fuera.

BERTA. ¿Te parece poco? Quince días sin saber dónde está. ¡Maldito muchacho del demonio! Si al menos llamara por teléfono. Además, se dejó sus remedios.

BALBINA. Despreocúpate que tendrá varias dosis regadas por ahí para emergencias.

ÍGOR. Volverá en tu balcón su nidito a colgar.

BERTA. ¡Pobrecito! Mi muchachito.

BALBINA. No es un niño.

BERTA. Para mí es como si lo fuera.

ÍGOR. Y otra vez con el ala a sus cristales... ¿Cómo era que seguía?

BALBINA. Qué te apuestas a que suena el timbre y entra como si nada, pidiendo un par de huevos fritos con beicon.

ÍGOR. ¿Chillando llamará? No, chillando no. ¿Piando llamará? Piando tampoco. ¿Cómo es que era? ¿Ustedes se acuerdan?

BERTA. Reconozco que le he fallado. No he sabido marcarle un camino. Si hubiera estado más pendiente de él cuando empezó a descarrilarse. Pero no tenía cabeza para eso. Fue todo tan de golpe. ¡Todo se nos vino encima tan de golpe!

BALBINA. Tú no tienes la culpa de que Óscar sea como es.

BERTA. Sé que papá me reclamaría que siendo yo la mayor he debido ocuparme más de él. Pero fueron tantas las cosas que había que atender, tantas cosas juntas. Y yo no estaba preparada para esa vorágine. Sin embargo, he debido buscar la forma. Él lo habría hecho. Él siempre tuvo tiempo para todos nosotros, a pesar de la cantidad de ocupaciones que tenía. No he sabido estar a su altura.

ÍGOR. ¿Tocando llamará? No me suena "tocando". ¿Se puede tocar con un ala? Habría que consultar el diccionario de usos de la lengua. ¿No creen? Uno toca con los dedos. Digo yo. Pero podría ser una licencia poética.

BALBINA. Tampoco yo estuve a su lado cuando me necesitó.

BERTA. Tú no estabas para ocuparte de nadie, Balbina.

BALBINA. Me parece que lo estoy viendo asomándose tras la puerta de mi habitación para preguntarme si podía pasar un momento. Un momento nada más. Te lo suplico. Me siento a tu



lado, en el sillón. Te lo juro que no te molestaré. Necesito tu compañía. No hace falta que me hables. ¡Era todo lo que me pedía! Pero yo ni siquiera le contestaba. ¡Es que ni lo veía! *Entonces* ni lo veía. Sólo tenía ojos para las blancas cortinas que se movían impulsadas por el aire frío del invierno que entraba a través de las puertas entreabiertas del balcón, en la habitación soleada del hotel. Hasta que me tomaba otra pastilla. Ahora es cuando lo veo. Ahora, que no está. No lo vi entonces, pero su imagen se grabó en mi retina para que pudiera verlo después, cuando ya no había nada que hacer. Yo sí que pude ayudarlo, y no lo hice.

BERTA. No te culpes, Balbina. Esa era mi responsabilidad. Tú estabas destrozada.

BALBINA. Pero era a mí a quien acudía. Nosotros nos entendíamos. Confiaba en mí. Una vez, hace años, cuando éramos chiquitos, nos juramos fidelidad eterna. Nos dijimos que pasara lo que pasara, hiciéramos lo que hiciéramos, así fuera un crimen, así fuera la cosa más horrenda y abyecta del mundo, no nos abandonaríamos jamás. Y fíjate. ¿Qué fue lo que hizo para que yo lo abandonase de esa manera tan cruel? ¡Nada! Lo único que hizo fue necesitarme. Y le fallé. Ahora está enfermo.

ÍGOR. ¡Jugando llamará! Y otra vez con el ala a sus cristales, jugando llamará. ¿Será así? Bueno, es igual. Ya lo miraré. Detesto tener que verificar un verso. ¡Tuve tantos en la memoria! Me sabía el comienzo del segundo libro de la *Eneida*. Un buen trozo. En latín, por supuesto. Ahora me viene el ritmo, sólo el ritmo, sin los versos. *Pero aquella que tal y cual, aquella que esto y lo otro, esa no volverá.*

BERTA. No volverá. Van a ver que esta vez no volverá. Tengo un palpito de que algo malo le va a pasar.

ÍGOR. Adapto el poema a la situación. De allí el singular “volverá”.

BALBINA. ¿Qué vamos a hacer?

BERTA. ¿Qué más nos queda? Esperar.

BALBINA. Haré un poco de café.

ÍGOR. “Las rosas color carne, grandes como coles, obscenas bajo el sol apocalíptico de Julio, exhalaban un agrio olor a cadáver en descomposición.” ¿De dónde será que me llega ese jardín? ¿Jardín o cementerio? Qué tedio. ¿Qué hora es?

BERTA. Con tantas cosas pendientes por organizar que tengo. Me duelen hasta los huesos. He pasado estos días de aquí para allá sin lograr hacer nada. Carlos sigue durmiendo. Mejor así. Que duerma. Cada vez que tiene un pleito con su hermano, se queda rendido. Al menos no bebe. Pero el mero hecho de que lleve quince días durmiendo me quita toda la energía y no tengo fuerzas ni para lavar un plato. Es como si durmiera con mi cuerpo, mientras yo cargo con el suyo. Vivo suspendida entre uno que no aparece y otro que no se despierta. Ni resuelvo la cantidad de cosas que hay que resolver, ni tampoco puedo descansar. ¡Qué agotamiento! Llevo el peso del mundo encima y no tengo pausa.

ÍGOR. Es el agotamiento de toda una estirpe. Un mundo que se fue.



BALBINA. Aquí está el café.

BERTA. ¿De dónde sale tanto cansancio?

BALBINA. Esta noche dormirás tú y yo velaré.

BERTA. Ojalá pudiera dormir. En lo que caigo en la cama empieza el zumbido en el oído derecho y el dolor en las piernas y me pongo a dar vueltas hasta que amanece.

BALBINA. Te daré una pastilla.

BERTA. ¿De las de Ezequiel? Ni loca.

BALBINA. Es la única manera. Son las mismas que toman todas mis amigas. Ya verás cómo descansas. ¿Le has comentado lo del lunar que te salió en el cuello?

BERTA. Será para que me diga que tengo amigdalitis.

ÍGOR. Cuando algo se acaba, cuando ya no hay nada más que hacer, cuando pasó lo que iba a pasar y uno no espera lo que viene, porque le da igual que llegue o no, se ve todo lo que ha sido y ya no es como un fresco inmenso que una mano invisible desplegara en el aire sólo para nosotros. Contemplamos, tanto lo que vivimos, como lo que dejamos de vivir. Consumidas las engañosas apariencias que tanta fuerza tuvieron, surge la realidad depurada, verdadera, última, acabada. Tiene entonces otro comienzo lo que a su fin ha llegado. ¡Una paradoja! ¡La gran paradoja del arte! ¡La hora dudosa de la literatura! Es el momento de prestar atención y disponerse a copiar las formas suspendidas en el aire antes de que se disuelvan y se pierdan, ahora sí, para siempre. Copiarlas sobre el lienzo, la página en blanco, el duro mármol. Sé que es así. Pero cada vez que las he tenido ante mis ojos y cojo la pluma, se interponen versos que no logro completar, frases que construyo a medias, argumentos que resultan trillados, y fracaso en mi empeño en retenerlas. Al principio no me daba cuenta y lo achacaba a la falta de rutina, de disciplina, de auténtica entrega. Luego pensé que era cuestión de talento y hasta llegué a reconocer que no lo tenía. Finalmente, sin entender aún por qué me estaba negado hacer más aquellas formas de vida sublimada, o jamás vivida, acabé por rendirme ante la evidencia y, casi con resignación, aprendí a dejarlas pasar de largo sin intentar describirlas. Palabras sin escribir, se me van y desaparecen. No he conseguido lo más importante: *palpar por dentro la realidad de las cosas*. ¿Qué voy a hacer? Soy uno más del montón, sólo que carezco de vanidad.

BERTA. ¡La puerta! ¡Es Óscar!

BALBINA. ¡Te lo dije que iba a volver!

EZEQUIEL. Les tengo que dar una mala noticia.

BERTA. ¿Qué pasó?

EZEQUIEL. Acabo de ingresar a Óscar en terapia intensiva. Infarto cerebral.

BALBINA. ¡Ay!

BERTA. ¿En qué clínica está?

EZEQUIEL. Le han prohibido todas las visitas.

BERTA. Me da igual. Voy para allá inmediatamente.



BALBINA. Yo te acompaño. Déjame buscar una chaqueta.

EZEQUIEL. Ya les digo que no las van a dejar entrar. ¿Por qué no nos sentamos tranquilamente y nos lo tomamos con calma? El diagnóstico es complicado y esto va para largo.

BERTA. ¿Qué doctor lo está viendo?

EZEQUIEL. Yo.

BERTA. Tú no eres un especialista.

EZEQUIEL. No hace falta ser un especialista para reconocer un infarto cerebral. Se te tuerce la cara. La prognosis no podría ser peor: ha sido un infarto masivo y el cerebro ha sufrido un daño irreversible.

BERTA. ¡Dios mío!

ÍGOR. Ya nada será igual.

BERTA. Hazme el favor de decirme dónde está ingresado.

EZEQUIEL. En el Centro Médico.

BERTA. Voy a subir a buscar las llaves y la cartera.

BALBINA. Aquí las traigo. Quédense ustedes niñitos, por si acaso Carlos se despierta. ¡Tengan cuidado cómo le dan la noticia!

BERTA. Mejor no le digan nada hasta que estemos todos juntos. Se va a sentir culpable.

EZEQUIEL. El único culpable es Óscar por interrumpir el tratamiento.

BERTA. ¡Te lo dije que se había dejado los remedios!

EZEQUIEL. Bastante se lo advertí: no te descuides con eso. Pero como a mí nadie me hace caso en esta casa.

BALBINA. Vamos, que se está haciendo tarde.

BERTA. ¡He debido salir a buscarlo!

BALBINA. Deja de recriminarte y vámonos de una vez.

EZEQUIEL. Qué tercas son. Igualitas a su padre. Bueno, chico. Qué desastre. Lo peor es que si sale de esta, va a quedar como un vegetal.

ÍGOR. Ahora cuéntame qué fue lo que pasó.

Acto I, Escena IV

[BALBINA, BERTA, CARLOS, ÍGOR]

BALBINA. ¡Mira que tomar un cólico nefrítico por una embolia cerebral!

BERTA. Qué estúpida soy. No aprendo. Esta vez te lo juro que lo voy a denunciar al colegio de médicos.

BALBINA. Ni se te ocurra, que me dejas sin pastillas. De todas formas, es el colmo confundir el riñón con el cerebro.



BERTA. ¡Ezequiel lo que tiene son los riñones en el cerebro! ¡Es una especie de centauro del descaro! ¡Cómo se puede ser tan inepto! Tenía que haberse dedicado a otra cosa.

BALBINA. A la política, por ejemplo.

BERTA. Ahí no tendría problema alguno. Con esa prepotencia, esa labia seductora que tiene, la seguridad con que dice las cosas, sin dejar que los demás le lleven la contraria, estoy segura de que alcanzaría la mayoría absoluta. Igual le pareció poco lo del cólico y se inventó lo de la embolia.

BALBINA. Qué mentiroso es.

BERTA. Lo ha sido toda su vida. Al principio era un simple exagerado.

BALBINA. Era igual de mentiroso, sólo que no nos dábamos cuenta. Se confundían sus exageraciones con las nuestras.

BERTA. Hasta que empezó a creerse todo lo que inventaba.

BALBINA. Para papá era un experto.

BERTA. Papá lo conocía muy bien y sabía que lo suyo eran puras mentiras: lo de sus congresos, el doctorado, su “fama internacional.”

BALBINA. Le costaba reconocer que no servía para nada, menos aún para algo tan difícil como la medicina. ¡Cuántos años se pasó en la universidad? ¡Quince!

BERTA. ¿Te acuerdas cuando lo devolvieron del Amazonas porque le provocó una diarrea a todo un asentamiento indígena?

BALBINA. Casi lo ahogan en el río.

BERTA. Eso es puro cuento. ¿Lo de cómo se defendió de las pirañas a manotazos? No hombre, no: lo montaron en un avión antes de que los indios se dieran cuenta. Y pensar que volví a caer como una idiota cuando me lo contó. Me lo creí durante años.

CARLOS. Quisiera disculparme por lo de ayer.

BERTA. ¡Niño! ¡Por fin te levantaste! ¡Cómo te sientes?

CARLOS. Fatal. ¿Y Óscar? ¿Cómo está?

BERTA. Bastante mejor.

CARLOS. ¿Es muy grave?

BALBINA. Es una complicación más. Cuando se descuida, le afecta algún órgano. Esta vez le tocó al riñón.

CARLOS. Tendrían que sacarle la piedra.

BERTA. La piedra se la sacaste tú con la insultadera.

CARLOS. Mejor será que no lo vaya a ver. ¿No?

BERTA. Espérate más bien a que regrese. Esta semana lo darán de alta.

ÍGOR. ¿Qué se sabe del hijo pródigo?

BERTA. Estaba sedado. Esos son unos dolores horribles. Pero no se veía tan mal. Claro. Como yo me esperaba encontrar a un inválido con la cara torcida.



BALBINA. ¿Aprovechaste para que te vieran el lunar del cuello?

BERTA. ¡Ay!, se me olvidó. Ya pediré cita cuando pase todo esto.

CARLOS. Ezequiel es un desastre, vale. Sinceramente. Qué quieres que te diga. A mí que no me ponga la mano encima.

ÍGOR. Ustedes se perdieron el cuento que me echó a mí. Era como para escribirlo. Lo peor es que no lo escribí. Ahora trato de acordarme y se me confunde con una película de Bergman.

BALBINA. Al menos esta vez se equivocó para bien.

CARLOS. ¿Quedan cervezas?

BERTA. Están en la nevera de atrás.

ÍGOR. Tráeme una.

CARLOS. ¿Ustedes quieren?

BERTA. Yo no. Me acabo de tomar un café con leche.

ÍGOR. Sobre la leche nada echas.

BALBINA. Yo tampoco. Estoy como estragada.

CARLOS. Tómate una conmigo, te caerá bien.

BALBINA. Está bien, pero sólo tres dedos. Es por darme el gusto.

ÍGOR. ¡Ay! ¡Qué agobio! La vida. Seguir viviendo. Pero, ¿para qué? ¿Para qué seguir viviendo? ¿Será que va a ser así, todo el tiempo, de ahora en adelante?

BERTA. Recuérdame que tengo que pasar a recoger la ropa por la tintorería.

BALBINA. ¡Me dejé la blusa de seda mamón!

BERTA. Yo te la llevé.

BALBINA. Cónchale, menos mal. Es la única que me queda bien con la falda plisada. Ya nada me entra.

CARLOS. Aquí tienes.

BALBINA. ¡Te dije tres dedos, vale! Mira que estoy a dieta. Me voy a poner como una vaca.

ÍGOR. Tengo la sensación de que ya ocurrió todo lo que iba a ocurrir. ¿Saben? Como si ya se hubiera dado todo lo que se tenía que dar. Como si ya diera igual una cosa que otra.

BERTA. ¿Y la negra?

BALBINA. ¿Cuál?

BERTA. La que te pusiste para la comunión de la nieta de Marielena.

BALBINA. No chica. Olvídate que esa ya no me entra.

ÍGOR. “Hoy, marchitas ya las juveniles flores y moribundos todos los entusiasmos...”

CARLOS. ¿Eso es tuyo?

ÍGOR. ¡Qué más quisiera! Ya ni me acuerdo cómo sigue. Algo sobre “El rumor agosto de la Historia...” No, esa parte viene después.

BALBINA. Pásame la “¡Hola!”



BERTA. Tómala.

CARLOS. ¿Y tú, has escrito algo últimamente?

ÍGOR. Pues sí. Anoche. A las dos de la mañana.

CARLOS. ¿Qué cosa?

ÍGOR. Un soneto. No me podía dormir.

CARLOS. ¡Un soneto! ¡Caramba! Eso es bien difícil.

ÍGOR. Una vez que le coges el truquito, es cuestión de seguir la rima.

CARLOS. ¿De qué se trata?

ÍGOR. ¿Quieres que te lo lea?

CARLOS. Bueno.

ÍGOR. Lo traigo aquí:

“Llámesese inquieto o raro el deseo
Que de lo más hondo del cuerpo surge
Cuando tomados por un viento urge
Sacarlo de adentro envuelto en un peo.
¿Cómo hasta las entrañas te colaste
Suspiro seductor del intestino?
¿Sabedor fuiste acaso del destino
De tu ciego ímpetu cuando entraste?

Por la boca muere el pez dice el dicho
Más tú la otra puerta has escogido
Tras dudar y te escurres como un bicho.

¡Qué alegría escuchar que ya te alejas
Comprobar en el aire que te has ido
Y alabar tu venida pues me dejas!”

CARLOS. ¿Un soneto al peo?

ÍGOR. Sí.

BALBINA. ¡Qué grandes están los hijos del príncipe Carlos!

BERTA. Déjame ver.

BALBINA. Mira. Enormes.

CARLOS. Está bien eso de “suspiro seductor del intestino.” ¿De dónde lo sacaste? ¿O es de tu propia cosecha?



ÍGOR. Creo que sí.

CARLOS. ¿En qué trance se te ocurrió?

ÍGOR. En plena lucha.

CARLOS. La lucha con el ángel, que dicen.

ÍGOR. Con el *aire*.

CARLOS. Es decir, que responde a una experiencia interior tuya con eso que está oprimido allá adentro, y que saldrá por una puerta o por la otra.

ÍGOR. Una lucha por mostrarle el camino. Cualquiera de las dos vías habría servido, porque no salía por ninguna.

CARLOS. ¿Y al final te salió?

ÍGOR. Me salió el soneto.

BERTA. ¿Ustedes tienen hambre?

ÍGOR. ¿Qué hay de comer?

BERTA. Milanesas con arroz.

BALBINA. Yo me voy a preparar una ensalada de atún. *Odio* el atún.

EZEQUIEL. ¿Alguien quiere una pizza? Traje una tres quesos, una con champiñones y una con huevo y alcaparras.

CARLOS. Coman ustedes. Yo me voy a servir un whiskey.

BERTA. ¿Para qué te pones a gastar, Ezequiel, si hay comida en la casa?

EZEQUIEL. Me las regaló el pizzero. Es amigo.

BALBINA. Tan bello, pobrecito. No lo regañen. Me muero por una pizza. Dámelas acá para ponerlas en el horno. ¿Están muy hechas? ¡A mí me encantan súper hechas!

Acto II, Escena I

[BALBINA, FANTASMA DE ISOLINA]

BALBINA. No sabes la apatía que tengo, Isolina. No me provoca ni moverme. Se me entumescen las piernas, los brazos. Lo único que hago es comer todo el día. Y me cae mal todo lo que como. Ya ni me miro en el espejo. ¡Ayúdame, por favor! Soy una carga para Berta. Los muchachos no sirven para nada y sólo nos tenemos a nosotras dos. Bueno, la que se ocupa de todo es ella. Yo lo que hago es vegetar. Paso de echarme en el sofá, a echarme en la poltrona. Eso, los días que logro levantarme de la cama. ¿Qué voy a hacer, hermana? ¿Qué podemos hacer en esta situación? ¡Ah? ¿Qué vamos a hacer, Dios mío? ¿Qué vamos a hacer?

FANTASMA. Balbina. Mi Balbina querida. Qué angustiada estás.

BALBINA. Sí, estoy muy angustiada. Estoy angustiadísima. Me duele aquí, en el costado.



FANTASMA. ¿Dónde?

BALBINA. Es como un calambre que me baja de la cervical. Más abajo. Ahí.

FANTASMA. Estás muy tensa. Cálmate.

BALBINA. ¡Cómo quieres que me calme! ¿A dónde iremos a parar? ¡Dímelo, te lo suplico!
¡Dime qué va a ser de nosotros!

FANTASMA. Te estoy viendo con el traje rojo de crinolina, saliendo para la fiesta de disfraces de los quince años de Ana María.

BALBINA. ¡El de Berta era azul marino! Y el tuyo, verde agua.

FANTASMA. Las veo a las dos bajando por la escalera de mármol de la casa.

BALBINA. Berta la quería de madera la escalera. No iba nada con el estilo de la casa. Menos mal que se le pasó y la dejó así.

FANTASMA. Papá nos llevó.

BALBINA. Es verdad. Nos llevó en el Mercedes negro con tapicería de cuero marrón oscura.

FANTASMA. Rojo sangre.

BALBINA. Nos dejó en la puerta. Qué raro que nos haya dejado en la puerta y no se haya bajado.

FANTASMA. Papá no estaba invitado.

BALBINA. ¿Cómo no iba a estar invitado? ¿Por qué sería que no se quedó? ¡Con lo sociable que era!

FANTASMA. Esa no era su sociedad.

BALBINA. ¿Por qué dices eso, Isolina? ¿Cómo no iba a ser su sociedad si era la nuestra, que somos sus hijas? Allí estaban los padres de todas las amigas de Ana María.

FANTASMA. Menos él.

BALBINA. ¡Estaba mi tía Francis!

FANTASMA. Pero él no.

BALBINA. Ella era su hermana. Si no lo invitaron a él, ¿por qué la invitaron a ella?

FANTASMA. Por su marido. Si papá se hubiera casado con Chechela Olavarría, como Francis quería, otro gallo cantaría.

BALBINA. ¡Ah!

FANTASMA. A mí me dieron permiso para quedarme sólo hasta la media noche.

BALBINA. ¡Tras la lluvia de globos dorados que se sostenían con una malla en la copa de los árboles! ¿Te acuerdas? Entonces fue que empezó el baile.

FANTASMA. Y yo me fui. Me caía del sueño. Papá me vino a buscar.

BALBINA. Tan bello papá: se quedó despierto hasta esa hora. ¿Recuerdas cuando nos quedamos a dormir casa de las Gutiérrez y Berta se dejó olvidadas las almohaditas esas sin las que dice que no concilia el sueño, y él se las fue a llevar? Todavía las tiene. Mis amigas no se lo podían creer. Sus padres eran incapaces de hacer algo así. ¡Qué suerte que tuvimos a papá! ¿Verdad, Isolina?



FANTASMA. Queda muy lejos El Valle.

BALBINA. ¿El Valle? Queda lejísimos. En la otra punta de la ciudad.

FANTASMA. ¿Lo conoces?

BALBINA. En mi vida he estado allí. No sé ni cómo se llega.

FANTASMA. Está más allá del centro.

BALBINA. ¿Más allá de la Avenida San Martín?

FANTASMA. Mucho más allá.

BALBINA. ¿Por la Roca Tarpeya?

FANTASMA. Más allá.

BALBINA. Pues no tengo ni idea de dónde queda. Lo más lejos que he llegado ha sido hasta la Avenida San Martín, una vez, hace mil años.

FANTASMA. ¿Cuántos?

BALBINA. Qué se yo, hace muchísimo tiempo. Más de treinta años. O cuarenta. Veníamos de la playa. ¿Te acuerdas que entonces se subía por las torres de El Silencio?

FANTASMA. Sí.

BALBINA. Pues veníamos de la playa y no sé por qué Carlitos manejaba el Mercedes. Se ve que mi papá se lo prestó para que nos subiera hasta la casa. Entonces el carro se accidentó. En plena Plaza de San Martín, con ese negrero. Menos mal que era de día. Yo estaba excitadísima, porque, claro, para mí era una aventura. ¡Me parecía una maravilla! Pero Carlitos estaba pálido. Vestido de flux oscuro y corbata con aquel calorón. Y aquel carrazo. No me explico qué hacía de flux y corbata si veníamos de la playa.

FANTASMA. Toda esa zona ha cambiado bastante.

BALBINA. Eso parece Calcuta hoy en día. Bueno, es lo que dicen porque a mí no se me ocurre pasar por ahí. Ni loca, vamos. Me imagino que en aquella época hasta tendría su encanto, aunque ya era un lugar horrible.

FANTASMA. El Valle tiene aquellos bloques de edificios tan desolados, de tiempos de Pérez Jiménez, me parece.

BALBINA. Ni idea. Ya te digo que no se me ocurriría poner un pie en ese lugar. Me da asco. Me aterra. Creo que me moriría antes de vivir allí. Me pegaría un tiro.

FANTASMA. Eran apartamentos grandes, en comparación con los que se hacen ahora. De tres o cuatro habitaciones. Claro, que están muy deteriorados. Vive más de una familia en cada apartamento, porque las muchachitas salen en estado; los varones se casan y no tienen con qué irse a vivir a otra parte. Los ascensores se echan a perder. Se va la luz a cada rato. Y el agua. Hay que subirla con palanganas desde un chorro que hay en la autopista, antes de llegar al puente. Con cuidado, para que no te asalten o te cobre peaje el malandraje.

BALBINA. ¡Qué espanto! ¡Dios me libre! ¡Dios nos libre!



FANTASMA. Esa gente siempre ha estado necesitada y lo seguirá estando. Antes vivían más o menos bien, con dignidad, pero todo ha ido empeorando.

BALBINA. ¡Dímelo a mí, que en esta calle a cada rato se mudan unos nuevos ricos insoportables, una gente de lo peor, que quién sabe de dónde sacarán los reales para vivir aquí! Aunque se aprovechan de la situación y compran a precio de gallina flaca. Esto ya no es ni sombra de lo que era. Porque, claro, la gente de toda la vida se ha ido desesperada del país o simplemente no tienen cómo mantener la casa y el tren de vida, y venden.

FANTASMA. En El Valle se sacrifican y alquilan una de las habitaciones.

BALBINA. ¿Y dónde se meten ellos?

FANTASMA. Se las arreglan.

BALBINA. ¿A quién se le puede ocurrir irse a vivir a una habitación en ese lugar y en esas condiciones? ¿Ah? ¿A quién, Isolina?

FANTASMA. A alguien que no tenga para dónde más coger.

BALBINA. ¡Menos mal que nosotros todavía tenemos esta casa!

FANTASMA. La casa la van a vender.

BALBINA. Berta tiene tiempo queriendo venderla, pero no le dan lo que pedimos.

FANTASMA. La tendrá que vender.

BALBINA. Nos compraremos otra.

FANTASMA. No les alcanzará. Los pleitos serán costosos.

BALBINA. ¿Pleitos? ¿Con quiénes?

FANTASMA. Entre ustedes mismos. Cada uno querrá su parte. Y no les alcanzará para comprar nada. Ni para alquilar tampoco. Tendrán que cargar Berta y tú con Óscar, que está enfermo.

BALBINA. ¿Y los demás?

FANTASMA. Se irán con su parte y se la gastarán. Se quedarán en la calle.

BALBINA. ¿En la calle? ¡De ninguna manera! Berta y yo no vamos a permitir que nuestros hermanos se queden en la calle.

FANTASMA. Se pelearán. En esta casa habita una araña que ha ido tejiendo la tela en que todos ustedes caerán. Será un pleito muy feo. Un pleito a muerte. Uno de los abogados las estará y se quedará con todo.

BALBINA. ¿Qué vamos a hacer, hermana? ¿Qué podemos hacer Berta y yo en esta situación? ¿Ah? ¿Qué vamos a hacer, Dios mío? ¿Qué vamos a hacer?

FANTASMA. Ustedes tres están viviendo en una habitación en El Valle. Los estoy viendo desde aquí. Aún no están en cuerpo y alma, pero lo estarán. De nada te vale angustiarte, porque no hay nada que puedas hacer. Ya pasó el tiempo en que se podía hacer algo. Ahora lo único que queda es vivir, hermana. Tienes que esforzarte por seguir viviendo.

(Inédito)